

ARMANDO ZEROLO DURÁN, *Génesis del Estado Minotauro. El pensamiento político de Bertrand de Jouvenel*. Madrid: Sequitur, 2013, 245 páginas, prólogo de Dalmacio Negro Pavón.

El libro sobre la vida y la obra de Bertrand de Jouvenel (1903-1987) al que aluden estas páginas ofrece dos visiones del polígrafo francés: la primera parte, titulada *Un viajero en el siglo: biografía intelectual*, se ocupa de repasar su trayectoria vital aun cuando prácticamente se detiene en el Jouvenel anterior a la conclusión de la II Guerra Mundial; en la segunda, que lleva por título *Historia del Estado*, anida un estudio riguroso, de enclave cratológico, en el que el hilo conductor es, obviamente, el Estado y también, sin que resulte redundante, la noción de Poder. La culminación de la vía evolutiva estudiada viene representada, en tono crepuscular, por el llamado Estado Minotauro: una (re)creación jouveneliana cuya persecución motoriza, valdría decir, la segunda parte del estudio.

Conviene anotar, siquiera sea a modo de «aviso a navegantes», cuál es la clave que permitirá avanzar en el estudio de la obra de Jouvenel. El autor, el Dr. Zerolo, profesor en la Universidad San Pablo-CEU, lo expone nítidamente poco después de haber superado los primeros compases de su trabajo: la obra sustantiva del judío francés se apoya en la verdad de la fe, en el bien entendido que, en su caso particular, el final de la segunda contienda mundial separó el agnosticismo juvenil de la fe católica que profesó en la madurez. El influjo de su segunda esposa, Helene Duiseigneur o, por mejor decir, «la dulce presencia de Hélène» (p. 59) y, a efectos demostrativos, el diario *Revoir Hélène* (1986), ponen de manifiesto su conversión y, por ende, su alineamiento y plena identificación con el pensamiento católico. Son elocuentes sus propias palabras: «Dios ha tocado mi corazón con Hélène» (*ibid.*); y lo son, igualmente, aquellas otras del autor del estudio objeto de comentario al despejar el *quid* de la relevancia de sus principales aportaciones: «*El Poder* [1945], por ejemplo, es una obra que pierde su fuerza comunicativa si no se mira a la luz del pensamiento católico, bajo el prisma de la autoridad, de la tradición, de la Revelación y de la Gracia. Y como ésta, sus otras dos obras principales, *La Soberanía* [1955] y *Teoría Pura de la Política* [1963]» (*ibid.*).

La acotación precedente nos sirve para relanzar las dos aproximaciones, coincidentes, como es fácil suponer, con las dos partes en que está dividido el libro. Dichas aproximaciones se fijarán en aspectos varios que llaman, indudablemente, la atención y que nos permitirán adentrarnos en el profundo calado del estudio que nos aguarda. Con esto que decimos, constatémoslo, no se pretende otra cosa, en definitiva, que una doble invitación a la lectura; doble porque envuelve dos caracteres: el primero, *inmediato*, relativo al estudio anotado proveniente de Armando Zerolo; y el segundo, *mediato*, proveniente de la propia obra de Jouvenel focalizada en *Du Pouvoir. Histoire naturelle de sa croissance* (Ginebra, Les Editions du cheval ailé, 1945; hay traducción al castellano: *El Poder*, trad. de J. de Elzaburu, prólogo de Luis García San Miguel, Madrid, Editora Nacional, 1974, 2ª ed.) que bien puede ser oportunamente «guionizada», en tanto que sistematizada y realzada, por otro estudio del Académico Dalmacio Negro que lleva por título *Historia de las formas del Estado. Una introducción* (Madrid, El Buey Mudo, 2010), cuyo capítulo XXXIII, y último (el tono crepuscular reaparece, pues), está dedicado al Estado Minotauro: una evolución imprecisa del Estado Providencia o de Bienestar (*Welfare State*) al que se tilda de «amorfo desorden

nihilista» (p. 400) en tanto que «totalmente antipolítico por su neutralidad biologicista» (p. 402) ya que «centrado en la nuda vida [...] despolitiza la política» (p. 406). Mencionar al prenombrado profesor Negro es un acto de justicia que no sólo responde al hecho de haber traído a colación parte de la obra citada (a cuya lectura, al completo, por cierto, se remite, expresamente, Armando Zerolo, como recomendación, en la nota 254, p. 224) sino que exige puntualizar, también, que el origen del libro que se presenta es una tesis doctoral dirigida por Dalmacio Negro. En este sentido podría hablarse de un auténtico arsenal de tesis doctorales las que ha llegado a dirigir, tanto por el número como —especialmente— por la diversidad de temas, el profesor Negro. Y tan es así que constituimos (incluyo al autor del libro presentado y a quien suscribe, entre otros más condiscípulos) un nutrido número quienes nos hemos beneficiado de su dirección durante los que pueden ser considerados los primeros envites del proceloso —dejémoslo ahí— mundo académico.

Retomemos, pues, llegados a este punto, el libro que nos ocupa y dediquémonos primero a glosar algunos aspectos que pueden servir para radiografiar, a través de impresiones, la personalidad de Jouvenel. Dos grupos de *affaires*, podríamos decir, debieron dejar honda huella en los que podríamos llamar los «años del despertar»: desde la perspectiva social o política, el *affaire Dreyfus* debió suponer una toma de conciencia política que llamaríamos, a costa de enfatizar, indeleble; desde el punto de vista personal, el *affaire Colette* envuelve, con el recurso de la imaginación, una atmósfera de sensualidad que debió dejar preparado el terreno para vigorizar una sensibilidad (*sensitive*) que tan cerca hay que situar, por otra parte, de la sensatez (*sensible*) del sentido común. La apelación a la lengua inglesa no puede ser extemporánea al ser acreedor Jouvenel de un «carácter anglófilo» (p. 34); y lo mismo cabría decir de las disquisiciones precedentes habida cuenta que nos referimos a alguien provisto, bien provisto (por si fuera necesario el matiz), de una «mente inductiva» (p. 28).

Dos hechos más, al menos, servirán para enmarcar, con afán indicativo, la peripécia vital de Jouvenel. Su viaje a los Estados Unidos de América desde septiembre de 1931 a abril de 1932 guarda analogía (no será desacertado, pues, hablar de un cierto paralelismo) con la experiencia norteamericana protagonizada por quien es considerado su «predecesor intelectual» (p. 70), Alexis de Tocqueville, un siglo antes (de abril de 1831 a febrero de 1832). El «carácter anglófilo» antes apuntado aparece justificado, pues, en vista de que «las impresiones recibidas [...] fueron saliendo a la superficie poco a poco en sus posteriores obras [en las que siguieron a *La Crise du capitalisme américain*, de 1933], hasta poder hablar del carácter anglófilo de su madurez personal» (pp. 33-34). Un segundo hecho que marcará la vida de Jouvenel será su malhadada entrevista a Hitler el 21 de febrero de 1936. El cándido Bertrand «se vio implicado en una trama política muy comprometida [... puesto que] en la entrevista, que llevaría fecha anterior al Tratado franco-ruso, Hitler se mostraba exageradamente pacífico y conciliador, engañando, hay que reconocerlo, al joven e ingenuo Jouvenel» (p. 39). Jouvenel quedó estigmatizado para siempre al pasar a ser juzgado como portavoz de Hitler. De hecho, las posteriores acusaciones de «colaboracionista» no han sido, sin más, episodios ocasionales. La primera parte del libro concluye, precisamente, refiriéndose a dos de ellas: por una parte, la tesis doctoral de Pascal Ory, *Les Collaborateurs*, publicada en 1977; y, por otra, la obra titulada *Ni droite ni gauche*,

de Zeev Sternhell, publicada originariamente en 1983 no exenta de controversia judicial, cuya edición revisada vio la luz tras la muerte de Jouvenel en 1987.

Antes de dar paso a una exigua aproximación a la segunda parte del libro nos limitaremos a remarcar cómo lo poliédrico está presente, o es inherente, a la condición personal, y a la obra, de Jouvenel. Si atendemos a los propios estudios que siguió el periodista y académico Jouvenel, «más extensos que intensos, versaron sobre ciencias y matemáticas, biología y derecho» (p. 26) corroboramos dicha apreciación. E idéntica conclusión alcanzamos si reparamos en los diferentes contextos en los que se desarrolló, no siempre con desenvoltura, como ha quedado expuesto con la fatídica entrevista a Hitler; el «primer Jouvenel» (el que llega, según lo anunciado, hasta la terminación de la II Guerra Mundial): el periodismo, la política, los servicios secretos franceses, su breve experiencia como soldado de la infantería francesa, su condición de miembro de la resistencia, el exilio... El «segundo Jouvenel», en cambio, queda sintetizado en los tres últimos apartados de la primera parte del libro al resaltar, tras la crucial «conversión de Jouvenel al catolicismo», su compromiso con el debate público; la decadencia y reconocimiento de los últimos años y, desde luego, la inevitable alusión a «los fantasmas del pasado».

Como preámbulo del posterior recorrido sobre el devenir de la forma política estatal, que quedará simplemente apuntado, será oportuno referirse a dos notas que sobresalen en la actitud de Jouvenel. Por un lado, remarquemos, siguiendo el testimonio del autor del libro que nos ocupa, que «los problemas sociales serían el centro de sus preocupaciones durante toda su vida» (p. 30); y, por otro, su capacidad de observación alojada en una «mente inductiva» que, según nos revela el autor atendiendo al propio testimonio de Jouvenel, «aquello que me llamaba la atención, que me apasionaba, era el curso de los acontecimientos» (p. 28). Y, efectivamente, pasar revista al «curso de los acontecimientos» en cuanto al concepto de Poder se refiere y su plasmación, en clave histórica y/o evolutiva, en el artefacto estatal, es lo que nos va a permitir adentrarnos en aquello que enuncia con tanto acierto el título del libro presentado: la «génesis del Estado Minotauro».

Dicho título da a entender, pues, que nos situamos ante el final de un recorrido histórico que adopta la forma de un mito, el Minotauro. ¿Por qué no glosar ese itinerario en sentido inverso? ¿Por qué no empezar entonces por el final? La presentación del libro comienza, con ortodoxa pedagogía, explicando hacia dónde conduce la expresión mítica empleada por Jouvenel para designar a la última fase de la estatalidad: «El mito del Minotauro relata la existencia de una bestia mitad hombre, mitad toro, que vivía en la ciudad de Creta y que sólo comía carne humana. Conforme crecía necesitaba más alimento y hubo que encerrarlo en un laberinto diseñado por Dédalo para contener sus ansias. En un lance de la historia, Atenas cometió una afrenta contra Creta y comenzó una guerra que perdió la ciudad ateniense. El tributo a cambio del perdón fue ocuparse del monstruo y alimentarlo con la carne de jóvenes atenienses hasta que Teseo, con ayuda de Ariadna y su hilo, consiguió acabar con él y salir airoso del laberinto» (p. 17). Las explicaciones del mito no envuelven una moraleja, antes al contrario operan como reflexión con trazas de advertencia para quien quiera —o, más bien, se atreva— a mirar a su alrededor: «El mito simboliza el alto precio que puede pagar una comunidad política a cambio de la seguridad. La carne de los jóvenes representa la libertad [...] El monstruo, cuanto más se alimenta, más crece,

es insaciable, y el espejismo de calmarlo dura poco. Igual que una forma política degenerada, el Minotauro no encuentra límite a su poder [...] El Estado Minotauro ha surgido, por tanto, de la desvalorización de la libertad y de un prestigio creciente de la seguridad» (*ibid.*).

El concepto de Poder, y entre medias la Libertad y la Seguridad, son los mimbres de los que se valió Jouvenel para esta suerte de ejercicio de reflexión mítica que su propio inventor no terminó de definir ni tampoco desarrollar. El profesor Zerolo lo admite haciendo ver que «los rasgos de la nueva forma estatal no aparecen perfectamente definidos en la obra jouveneliana e incluso parece querer dejar de lado el concepto en sus obras posteriores a *El Poder*. Se desconocen las razones para el abandono del término y son varias las hipótesis que se pueden sugerir» (p. 209). Con todo, añade, alimentando los perfiles enigmáticos del misterioso y amenazante Minotauro, que «en cualquier caso su vigencia es indiscutible y de gran ayuda para esclarecer el panorama político europeo de la segunda mitad del siglo XX» (pp. 209-210).

En la propia carta de presentación del Minotauro, comprendida en los inicios de *El Poder*, Jouvenel subrayaba el aludido tono enigmático, misterioso y amenazante al bosquejar tres clases —sucesivas— de apariciones del Minotauro: «enmascarado» (el poder, *antes*, era ejercido por un conjunto de hombres que disponían de la «cámara de máquinas»); «sin máscara» (el poder, *más tarde*, se ejerce en el seno de una democracia «centralizada, reglada y absolutista» en la que el partido encarna la «cámara de máquinas») y, por último, «omnipresente» (el poder, *en fin*, crece hasta tal punto y es de tal magnitud la expansión del Estado que no es aventurado predecir —o alertar sobre— el advenimiento de la catástrofe).

El lector verá coronada la meta de la historia del Estado a que se refiere la segunda parte del libro con el Estado Minotauro. Antes, sin embargo, habrá podido avanzar, con orden y concierto, a través de las fases precedentes acompañado de buenos y finos análisis que contribuyen a dotar de un argumento al devenir de la forma política estatal. Si el concepto de Poder y, más exactamente, la noción de Soberanía cumple el rol de presupuesto, o punto de partida (§ II.I), que hay que desbrozar, desarrollándolo; el Estado Minotauro representa el punto de llegada (§ II.VII); mas, entre medias, resulta indispensable reunir el conjunto de ideas-fuerza que contribuyeron a dotar de carta de naturaleza a esas otras etapas que responden, sucesivamente, a la secuencia siguiente: la «concepción moral del Estado» (§ II.II); el «Estado Nación» (§ II.III); el «Estado Social de Derecho» (§ II.IV); el «Estado Total» (§ II.V) y, como estado inmediatamente anterior al Estado Minotauro, el «Estado totalitario» (§ II.VI).

Prepárese, pues, el lector para adentrarse en un itinerario en el que la noción de Poder hace las veces de un verdadero *plot*, es decir, se trata del argumento que confiere el necesario soporte al final, a la meta, del recorrido. En el curso de los acontecimientos no podrá dejarse en el tintero, claro está, la constante alusión a diferentes autores que, decididamente, no podrían faltar: desde Maquiavelo a Bodino, pasando por Hobbes y Rousseau, y tantos otros, se va configurando, paso a paso, un estudio cratológico en el que el protagonista no puede ser otro sino ese «monstruo frío», al decir de Nietzsche («Estado *se llama* —recordemos— *al más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo»*»), que representa esa forma política artificial que encarna el Estado.

Bastará repasar los diferentes epígrafes en que es dividido el último apartado del libro dedicado al Estado Minotauro para hacernos una idea atinada de lo que deparará un análisis que difícilmente permite sobreponerse al vértigo de la sensación de finitud; y, por ende, de incertidumbre: tras la «presentación del Minotauro»; el par «seguridad total y omnipotencia estatal» junto con su identificación con el «gobierno de nadie» que es causa, o consecuencia, según se mire, de la «burocratización del mando», se mencionan las «nuevas técnicas de dominación» que dan paso al «utilitarismo del Estado Minotauro»; éste, bajo el «patronato estatal» y desprovisto de máscaras, evidencia que su «fin no es otro sino la inseguridad»; y, de ahí, por tanto, no queda sino colegir, *last but not least*, el «carácter demoníaco del Estado Minotauro».

La fuerza y la agudeza de la simbología mítica no se queda en mero recurso retórico. En prueba de ello atiéndase al mítico Estado Minotauro, en el caso de Jouvenel, de una parte; y, por ejemplo, ahora que se celebra el centenario del Premio Nobel francés de origen español autor *El mito de Sísifo* (1942), en el caso de Albert Camus (1913-1960), de otra; no será posible, a decir verdad, poner en duda cuán clarividentes son, a fuer de sugerentes, las metáforas que dotan sentido y significación a los mitos. Puesto que ha hecho acto de presencia otro autor polémico como Camus, cabría preguntarse, a título de curiosidad, si las cuatro columnas del buen periodismo a que se refería quien pasó por ser, finalmente, el rival de Sartre —lucidez, desobediencia, ironía y obstinación— habrían sido suscritas por Jouvenel. La respuesta sería probablemente negativa; ahora bien, no lo sería tanto, desde luego, que la conjunción crepuscular de sendos mitos, o sea, el carácter demoníaco del Minotauro y la apelación al absurdo, por falta de esperanza, de Sísifo, pudiera dejar a nadie indiferente.

Concluyamos haciéndonos eco de la grandeza y la sabiduría que el autor del libro reconoce a Jouvenel: «La grandeza del filósofo francés no reside en no haberse equivocado nunca, sino en haberse adherido siempre con fidelidad a la realidad que le era próxima sin caer en la trampa de las ideologías, contra las que luchó libremente durante toda su vida. También le hizo sabio el saber rectificar sin miedo ante un error reconocido» (p. 45). Estos dos ingredientes, grandeza y sabiduría, contribuyen, a su vez, a hacer del libro glosado una aportación bibliográfica en lengua castellana indispensable para tomar conocimiento de la obra de Bertrand de Jouvenel; la cual, repitámoslo como mezcla de juicio probabilístico y advertencia, a nadie podrá dejar indiferente.

LUIS BUENO OCHOA  
*Área de Filosofía del Derecho*  
*Facultad de Derecho-ICADE*  
*Universidad Pontificia Comillas de Madrid*